

De estos y otros contrastes se hacía balance a nivel nacional y se elucubraban proyectos y leyes que pudieran proteger y amparar al desposeído; pero mientras las aguas alcanzaran su nivel y se consolidara la situación ambigua, los dueños del poder abusaban. . .

*"Tú vas a la corte. Allí  
activo en tu bien rebúllete,  
consérvate, aséate, instrúyete  
y vive, Andrés, sólo para tí".*

*"Obra mucho y cierra el labio  
que llega a su fin más pronto,  
con su actividad el tonto  
que con su pereza el sabio".*

ANTONIO PLAZA

— VIII —

¡Oh vanidad de vanidades!  
y nada somos.

Con la debida anticipación circularon las elegantes y finas invitaciones en papel de seda, grabadas con el monograma del club, participando a los socios que el aniversario del mismo, así como el esperado homenaje a los señores ex-presidentes, se celebraría en la fecha anunciada en un bellissimo paraje situado entre las instalaciones de los campos de tenis y frontón y el propio campo de golf, enmedio de una arboleda de álamos, fresnos y preciosos suaces que lucían entre sus ramas foquitos amarillos y verdes, colores emblema de La Cofradía. Se esperaba una noche serena y estrellada, recomendándose en el carnet, asistir vestido de riguroso smoking blanco.

Muy temprano, antes de la hora anunciada, empezó el movimiento de automóviles que buscaban sitio en el enorme estacionamiento con piso de grava, descendiendo de los flamantes y lustrosos carros, elegantísimas parejas que aromaban el ambiente emanado de sus perfumes sutiles, buscando

acomodo en las adornadas mesas que lucían preciosos bouquets de frescas flores, así como pequeñas jaulas doradas con pajaritos multicolores y en los espacios entre unas y otras, las imprescindibles flores de lis —símbolo del club— que eran una obra de arte gracias a la magia de las manos y al ingenio de Lucita Valverde. La mesa principal iba con los mismos adornos, salvo una enredadera de paja dorada que cubría toda la extensión. En el centro destacaban solamente cuatro sillas blancas que eran destinadas desde luego al presidente y a su esposa Laura, reservándose las otras dos para el invitado especial y su señora, tratándose en este caso nada menos que del mismísimo Gran Director Internacional que tenía jurisdicción sobre todos los clubes de La Cofradía del universo y a cuyo personaje altísimo se le había recibido esa misma tarde en el aeropuerto colmándolos a él y a la divina Gertrudis, su esposa idolatrada, de valiosísimos regalos dada la ocasión extraordinaria en que todo un gran director descendía de los altos cielos europeos, desprendiéndose de su sede y dignándose visitar precisamente a este provinciano club, ubicado en un país extranjero. A ambos lados de los albos sillones y también en la mesa principal, los señores miembros integrantes del directorio local ocuparían en unión de sus estimables esposas su correspondiente sitio. Solamente dos sillas se quedaron vacías, la correspondiente al ex-presidente licenciado Montellano y la de su digna esposa Sandra, pues Alejandro tenía días de estar grave en su domicilio.

El magno acontecimiento reunía en una noche hermosa, efectivamente clara, transparente y estrellada, a lo más granado y selecto de la sociedad. Atracción singular y agasajo especial para los caballeros en este evento, era la atrevida exhibición de los transparentes modelos de primavera que lucían las damas; había algunas que en el loco afán de sobresalir y distinguirse, permitían que sus polveados senos salieran prácticamente al exterior por los amplios y desahogados resquicios de los desenfadadamente abiertos escotes, como si fueran dos palomas asustadas, en medio de la reinante oscuridad de la noche encantada.

Había otras, quizá más atrevidas, que posiblemente confiando en las sombras de los corpulentos álamos o en las colgantes ramas de los sauces llorones, no portaban más que el tenue y ligero vestido de noche y sus joyas predilectas. Aquello era una especie de exhibición de modas, un baile de disfraces "sin antifaz", compitiendo en un desafío secreto a ver quién llevaba menos y enseñaba más. . . claro, todo esto elegantemente.

En la mesa principal, presidiendo el colosal acontecimiento, emocionados y orgullosos, Ricardo de Velasco y su esposa Laura, compartían sonrisas y saludos con el gran director y su divina —así le decían— señora y los demás miembros del directorio, damas, socios e invitados especiales entre los cuales destacaban los representantes de las autoridades civiles y los presidentes de clubes hermanos de diversas poblaciones del país, que venían a rendir pleitesía y conocer al personaje máximo.

Momentos antes de celebrarse la importante ceremonia y como preámbulo, se apagaron las luces para dejar contemplar con absoluta libertad las ráfagas multicolores de los juegos pirotécnicos que por su colorido y belleza indescriptible, hicieron exclamar ayes de admiración a los concurrentes que veían embelesados lluvias de luces de todos colores que se desparramaban en las alturas; el último fuego artificial empezó por ser una gran bola de fuego que giraba y zumbaba vertiginosamente, despojándose poco a poco de parte de su feérico material, para convertirse al final, en una gigantesca y preciosa flor de lis que envuelta en refulgentes colores, hizo lanzar fuertes exclamaciones de júbilo y nutridos aplausos a su manipulador invisible por su originalidad. La noche era de doble celebración, así que después de partir el gran director y su divina el inmenso pastel de aniversario, auxiliados por Ricardo y Laura, ante el regocijo y aplausos de los presentes, el ambiente se tornó serio y la atmósfera adquirió su tono solemne, porque el siguiente punto del orden del programa, era la importantísima entrega de los premios a los señores ex-presidentes, acto con el cual culminaría aquella cele-

bración inolvidable. Al efecto y de pie, mientras Ricardo iba leyendo por riguroso orden alfabético los nombres de los prohombres premiados, el gran director esperaba en el estrado con la sonrisa en los labios al interesado en turno, al cual prodigaba cortas frases de encomio y después de repetidos abrazos, en medio de aplausos y sonoras fanfarrias, procedía a entregar al ex-presidente homenajeado, un pergamino que relataba a grandes rasgos la obra de su año y al final una felicitación signada por todos los actuales componentes del directorio, así como la firma nada menos que del gran director, cuyo solo autógrafo, abarcaba casi la mitad del espacio, pues así lo acostumbraba aquel modesto hombre. En la parte superior del pergamino con grandes letras resaltadas en oro, se leía el siguiente pensamiento:

- 1o. Piensa primero en los demás
- 2o. Después, piensa en tí.

Presidente T. del Olivar.

De esta manera Ricardo pensaba cumplir en cierta forma con aquel compromiso de asamblea y acallar las protestas y el odio del viejo del Olivar, que esta noche estaba esperando cubrirse de gloria ya que se le había ofrecido develar una placa en el salón de trofeos, la cual tendría grabadas en oro, las palabras inmortales que su cacúmen había alumbrado; pero es que el tiempo transcurría inmisericorde haciendo olvidar las promesas y los proyectos, y sobre todo éste. Ricardo tenía la idea —y de hecho lo estaba haciendo— de tirarlo al cesto de la basura.

Todos los señores ex-presidentes recibieron además de su pergamino, un valioso copón de plata con su nombre grabado así como el de su esposa y la fecha del año que había presidido.

El gran director, por insinuación astuta de Ricardo había felicitado a don Torticio por su inspirado lema, levantando su copa para que todos los presentes brindaran por el genio. Por supuesto del Olivar bebió con gusto no una, sino va-

rias y repetidas veces loco de gusto.

Al terminar el acto, Ricardo pidió a las damas ex-presidentas, que por favor pasaran al presidium con el objeto de que su esposa Laura también a ellas las premiara con un regalo sorpresa que les habían preparado. Al efecto Laura sorprendió a las damas obsequiándoles un bellissimo broche de oro con el exclusivo emblema de la flor de lis. Este gesto de los esposos de Velasco fue posteriormente muy comentado por su delicadeza y finura.

Después de ambas ceremonias todos se acomodaron en sus asientos para disfrutar del gran show que se tenía preparado a base de bellas artistas internacionales, elegantemente ataviadas, las cuales además de probar sus cualidades histriónicas, lucían con generosidad sus esculturales cuerpos; el único hombre del espectáculo fue un mago maravilloso que agradó y sorprendió a los concurrentes con sus trucos magistrales. La poderosa y completísima orquesta del Big Ben, con base en estrellas musicales, deleitó a todos en general, algunos bailando y otros escuchando en vivo a esos grandes artistas que solamente eran escuchados a través de la radio y la televisión.

Total, una velada redonda, en la cual todo le había salido a la perfección a Ricardo, salvo una penosa reclamación a última hora que delante de Laura y algunos directivos hizo nada menos que Tencha del Olivar.— Ricardo, ¿pues qué pasó con el homenaje en el salón de trofeos a mi viejo—? De inmediato Ricardo viendo los ojos bizcos de ebrio casi completo de don Torticio y sintiendo la presión de las inquisitivas miradas del gran director y otros testigos de calidad, le replicó: —Tenchita, eso será en una ocasión especial para él, pues sin duda ha sido en la historia del club el mejor y más grande presidente que hemos tenido—; con estas palabras, dichas al viento, la señora del Olivar apaciguó su lengua y se retiró halagada llevándose colgado de su brazo, como un triste guiñapo, al beodo de su marido. Desafortunadamente algunas cuantas de las personas presentes, escucharon las precipitadas palabras de excusa, entre ellas la atolondrada Clarita de Argüelles, quien de inmediato, sin reflexionar, intuyó

para sus adentros, que el verdadero mandamás del club, era el cadavérico dipsómano don Torticio del Olivar y una siniestra idea cruzó por su cerebro fantasioso. . .

Aproximadamente a las ocho de la mañana, Sandra de Montellano, personalmente se comunicó telefónicamente con Ricardo para informarle que su marido el licenciado Alejandro, acaba de fallecer. Ricardo aún bajo los efectos de la bebida y la desvelada, sintió en lo profundo el impacto de la infausta noticia de la muerte del respetado y querido profesionalista.

Despertando a su esposa le informó del deceso de Alejandro, suplicándole que procediera a llamar a Lucita Valverde para que ésta se encargara de esparcir la mala nueva entre las socias del club; encargándose él mismo de hacerlo saber a los miembros del directorio auxiliado por el secretario Jorge. Por cierto este último, al saberlo, sintió sinceramente en su corazón un sentimiento de auténtico dolor, apresándose de inmediato a cumplir con las encomiendas que Ricardo le pidiera tales como el envío de flores, telegramas, avisos en los diarios y muy en particular disponer de los arreglos en el salón principal del club, para que sirviera de recinto luctuoso y así poder rendirle al recién extinto, un póstumo homenaje que aunque sobrio y sencillo, sirviera para enaltecer la memoria de quien tanto en su vida social como privada, fuera un hombre cabal.

Jorge personalmente tomó el teléfono para informar del acontecimiento en primer término a los señores directores, a quienes encontró en su casa y notificó de la infausta noticia. Solamente don Torticio no pudo acudir al llamado porque seguía "durmiendo la mona" y Tencha que recibió el mensaje, sólo se concretó a decir —¿ah, ya se murió?—.

El arquitecto Argüelles se comunicó con Ricardo ofreciéndose a llamar a gran parte de la membresía para citarlos al club y asistieran a las ceremonias que se preparaban velozmente. Ruperto Quintanar, aún medio inconsciente, también se ofreció para ayudar, así como Aurelio R. Calvo, que

ya para esas horas estaba trabajando en su oficina.

—Qué contrastes de la vida —se decía Ricardo— hace apenas unas horas todo era luces, alegría, música, celebración; se respiraba el aroma de las flores, se disfrutaba de una buena cena, de vinos sabrosos, de ritmo y belleza en las cadencias del baile, todo era bello, hermoso y se respiraba por doquier vitalidad y hoy tenemos frente a nosotros a ese espectro que no queremos, que soslayamos, que tratamos inútilmente de evitar: la muerte.

En la capilla fúnebre, Sandra Rubio de Montellano, vestida de negro, sollozaba en silencio, sin aspavientos, ni llantos histéricos, ni gritos exhibicionistas, ella comprendía que sólo a ella le consumía y le importaba el inmenso dolor, lo demás, lo de fuera, era convencionalismo, cortesía, fingimiento, hipocresía, pero nunca, jamás, un verdadero y auténtico sufrimiento que como ella, en carne, en alma y en corazón propio sentía. Recibía de pie, los abrazos, los suspiros, las condolencias, las frases preparadas de resignación, de tener fe, de refugiarse en Dios, y aunque tratara de evitarlo y disimularlo, de olores nauseabundos a muelas podridas y sudores de vestidos negros ya sucios y no lavados. Tenía que sostenerse, aguantarse, como mandan los cánones sociales, aunque en su interior le importaran un bledo las muecas, las lagrimitas fingidas y los pugidos chocantes de los que se acercaban a consolarla. Aún con esa conducta digna y decorosa de gran mujer, no faltó quien después con toda la mala fe y la mala leche que pueda tener un ser humano, ofendiera a aquella virtuosa dama, al platicar que cada vez que se acercaba al ataúd, fingía desmayos para que los hombres al sostenerla, le agarraran sus senos y la manosearan. Este veneno sin nombre esparcía la tal Tencha del Olivar, incorregible enferma mental.

Sorpresa causó en el entierro, cuando en el panteón hizo su entrada nada menos que el propio gobernador, rodeado de un séquito de pistoleros y lambizcones y después de darle el pésame a la viuda, trató de instalarse en lo alto de una tum-

ba cercana con el premeditado y deliberado propósito de endilgar un discurso luctuoso. Eso no lo podía permitir Ricardo, pues sería ofender la memoria del difunto y dio órdenes terminantes y rápidas a los de la funeraria para que procedieran a sepultar al licenciado, agradeciendo de inmediato la presencia de todos y la singular del gobernador y que pedía a nombre de la viuda se abstuvieran de pronunciar discursos pues estaba muy fatigada y deseaba retirarse a descansar. El gobernador desconsolado se quedó boquiabierto y Ricardo sin disimularlo, lo fulminó con la mirada. Más tarde explicaría a Sandra el motivo de su intervención y ella se lo agradecería profundamente. . .

Se iba una vida de un hombre bien nacido, bondadoso, cuyas intenciones en el mundo social y de los negocios, siempre fueron limpias y rectas. Un hombre que no vio reproducirse su descendencia, porque el destino, quien sabe por qué designios, le arrebató al mismo tiempo, en un solo acto y de un tajo, la vida de sus dos muchachos en aquel terrible accidente aéreo que conmovió a la naciente ciudad. Ahora yacía, descansaba en su ataúd, aferradas sus manos a un crucifijo con la imagen del Salvador, aquél que ofrendó su vida por la salvación de quienes no la merecemos nunca. Allí reposará hasta convertirse en polvo. Al principio será extrañado, recordado, llorado, se le harán algunos homenajes en los primeros aniversarios de su muerte y al final se consumará el más cruel e ingrato acto de la veleidat humana: el abismal olvido. ¿Pero, sin olvido, sin heridas cerradas, sería posible sobrevivir? . . .

*"Nunca vistas con descuido,  
porque en la corte deshonra  
más que una mancha en la honra  
una mancha en el vestido".*

*"Tu lujo siempre modera,  
no al lujo te entregues, no,  
mira que el lujo empezó  
por unas hojas de higuera".*

ANTONIO PLAZA

— IX —

Intrigulis

o

el miedo no anda en burro

Manuel Céspedes llegó con mucha anticipación a la hora fijada para la junta del directorio, parecía un niño estrenando zapatos nuevos; pues en su rostro reflejaba una alegría no disimulada, pese a que iba a suplir como sustituto, nada menos que al recién desaparecido licenciado Alejandro de Montellano.

Ricardo, al verlo, lo saludó efusivamente dándole el trato de padrino, ya que efectivamente Manuel fue quien lo introdujo al círculo exclusivo de "La Cofradía" y si bien tenía más antigüedad que Ricardo en el club, no había logrado en sus largos años obtener ningún cargo —salvo el de suplente— en el codiciado directorio, aunque le sobrarian méritos para ello.

El presidente y el industrial Céspedes se apoltronaron en sus sillones respectivos para cambiar impresiones mientras llegaban los demás directores. Manuel se regodeaba aca-